



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

ASAMBLEA GENERAL DE SUPERIORES MAYORES
Bogotá, abril 28 de 2019

SALUDO DEL NUNCIO APOSTÓLICO

Querido hermanos y hermanas en Cristo:

En este tiempo en que la liturgia de la Iglesia celebra el despliegue del Misterio Pascual en su propia vida comunitaria hasta la plena efusión del Espíritu en Pentecostés, nos regala el Señor una maravillosa ocasión para hacer visible y reforzar la experiencia de nuestra comunión eclesial. De un modo particular, esta Asamblea eucarística entorno al Nuncio Apostólico es signo evidente de la particular unidad de la vida consagrada presente en Colombia con el Papa Francisco.

Presento un cordial saludo a la Reverenda Hermana Gloria Liliana Franco Echeverri, Presidenta de la Conferencia de Religiosos de Colombia, a la Hermana Martha Escobar Mejía, Secretaria General y a todos los Superiores Mayores de los distintos Institutos de Vida Consagrada que nos acompañan. Gracias por la amable invitación que me han hecho para presidir esta Eucaristía.

El Papa San Juan Pablo II ha querido que en este domingo contemplemos de un modo especial la misericordia de Dios. La celebración de la misericordia de Dios no es tanto una devoción particular o privada, sino la experiencia contundente y plena de cada uno de nosotros y de toda la comunidad creyente del amor entrañable de Dios que, en Cristo, por el Espíritu Santo, está continuamente realizando en nosotros la obra de salvación.

Quiero, de manera particular, encomendar en esta Eucaristía la nueva Junta Directiva de la CRC que ha sido elegida para continuar impulsando y acompañando la vida religiosa en Colombia a fin que, desde la diversidad de los carismas, pueda animar la misión profética de la vida consagrada en la Iglesia.

Unámonos todos en la vivencia de la fe, de la fraternidad y de la esperanza para recibir a manos llenas la fuerza del Espíritu y la vida de Cristo resucitado.



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

HOMILÍA

Según una antigua tradición, este domingo se llama domingo "*in Albis*". En este día, los recién bautizados en la Vigilia pascual se ponían una vez más su vestido blanco, símbolo de la luz que el Señor les había dado en el bautismo y tomaban conciencia de que debían introducir en su vida diaria la nueva luminosidad que se les había comunicado en la unción bautismal. Popularmente también este segundo domingo de Pascua es conocido como el domingo de Tomás y tiene como su centro la fe de los que no han visto al Señor.

A la luz de la Palabra que acabamos de escuchar, permítanme hacer algunas consideraciones sobre las transformaciones luminosas que surgen en nuestra vida cristiana, personal y comunitaria, a partir de la resurrección del Señor y que deben tener también un impacto radical en toda vida de consagración a Dios.

La primera transformación de la resurrección es precisamente *la fe de los discípulos*. No les resultó fácil a los Apóstoles creer en la resurrección. Cuando Jesús murió en la cruz, los discípulos sintieron que todas sus esperanzas se habían derrumbado. Ellos habían creído sinceramente en que Jesús era el Salvador prometido que pondría fin a todos los males y daría comienzo al Reino de Dios entre los hombres, pero en lugar de esto tuvieron la tristeza de la pasión. Jesús no fue coronado de gloria humana sino de espinas, y no se sentó en un trono, sino que fue colgado de una cruz. Y en vez de la instauración humana del Reino de Dios, solamente vieron que se cerraba una tumba. Por eso, es el mismo Cristo quien los tiene que convencer de que Él está resucitado, está vivo, y de que a partir de su resurrección empieza también una vida nueva para el mundo, como concluye el texto evangélico que acabamos de escuchar.

Nosotros, en cierto sentido nos vemos reflejados en la actitud de Tomás, en la dificultad para creer sin pruebas concretas, pues sólo tenemos el anuncio de las escrituras y los signos del sepulcro vacío y las vendas por el suelo. Ciertamente, verlo vivo y tocarlo fue concedido a los primeros testigos de la resurrección para fundar sólidamente el anuncio evangélico al mundo. Pero lo que el Señor propone a todo creyente es que lo conozcamos de una manera mucho más perfecta: "*Dichosos los que creen sin ver!*". El Espíritu de Dios, obrando en nuestro interior, hace que conozcamos a Jesús, así como conocemos a un amigo, percibiendo su presencia, aunque no lo veamos, captando sus sentimientos y reacciones íntimas por



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

empatía amorosa. No vemos a Jesús como Pilatos o Judas, pero lo percibimos viviente, fortaleciendo nuestro frágil corazón, iluminándonos, aconsejándonos y sobre todo haciéndonos partícipes de la vida y del amor de Dios.

La experiencia del Cristo viviente en la vida consagrada, en el continuo desarrollarse y afirmarse en formas siempre nuevas, es ya en sí misma una proclamación profética en la historia de la Iglesia y del mundo de la presencia mística del Señor resucitado.

La segunda transformación de la resurrección es *la acción interior del Espíritu Santo en los discípulos del Señor*. Jesús exhaló su aliento sobre ellos, nos dice San Juan, y les dijo: “*Reciban el Espíritu Santo*”. Así, Jesús les va transmitiendo la fuerza vital del Espíritu de Dios que va logrando que ellos salgan del temor, se unan y comprendan el sentido de la vida nueva que ha comenzado con la resurrección. Es la vida nueva que comienza en nosotros en el bautismo y que va informando toda nuestra manera de ser, de pensar, de concebir la realidad y de vivir las relaciones con los demás. En tanto que consagrados estamos llamados a entender y a vivir cotidianamente lo que significa el impulso del Espíritu de Dios. Es decir, saber que no nos mueve cualquier fuerza humana, sino la misma potencia de Dios que actúa interiormente en nosotros. Es el mismo amor de Dios el que por la resurrección ha sido derramado en nuestros corazones, es la misma vida de Dios la que ha irrumpido en nuestra existencia. Por eso, como nos ha enseñado el Papa Francisco: “*no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace en cada época y en cada momento. Esto se llama ser misteriosamente fecundos*”.

La tercera transformación de la resurrección es el nacimiento de *la comunidad cristiana*. Los discípulos de Jesús empiezan a congregarse en una misma fraternidad. San Lucas nos hace una descripción muy bella de la vida de los primeros discípulos. Se trata de un paradigma de toda verdadera comunidad cristiana. Los discípulos, vivían unidos en la alegría y el amor fraterno, compartían solidariamente lo que tenían, perseveraban en la escucha de la Palabra del Señor y acogían a todos los que Dios iba incorporando a la obra de la salvación. Toda la comunidad de los creyentes sostenía el apostolado de sus miembros. Y esta pureza y santidad, esta sabiduría y luminosidad no pueden tener otra explicación que la fuerza transformadora del Señor resucitado. Ciertamente nuestras comunidades



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

atraviesan tensiones, con el riesgo de caer en el individualismo y la dispersión, que es una gran tentación, pero para combatir las eficazmente Jesús nos ha transmitido el poder del *perdón de los pecados*. La resurrección produce realmente una renovación profunda del corazón humano sacando de allí todas las fuerzas de muerte y poniendo en él la vida de Dios, que se manifiesta en la vivencia de la misericordia, del perdón y de la reconciliación.

Por último, me sea permitido apuntar que estas transformaciones personales y comunitarias de la resurrección del Señor nos ponen inmediatamente en el camino de la misión. *“Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo”*. Dios nos congrega en la Iglesia para la misión, para ir hasta los confines del mundo compartiendo la savia vital del Evangelio; para que lo que nosotros hemos conocido, experimentado y vivido de Cristo resucitado, llegue a toda la humanidad, sin exclusión alguna. De eso nos habla el Papa Francisco cuando nos exhorta a transformarnos en una Iglesia en salida y en un hospital de campo.

Pidamos pues al Señor que nos ayude a permanecer en el gozo de la resurrección, convencidos de que nuestra fidelidad a Dios, más que sobre la “perfección” de nuestra vida, se funda sobre nuestra “debilidad” transformada por su misericordia. ¡También a nosotros Jesús nos dice *“Te basta mi gracia!”*. Pidamos el coraje de dejarnos reconciliar con Dios para poder ser multiplicadores de reconciliación en una Colombia tan necesitada de perdón y reconciliación.



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

DESPEDIDA

Como Representante del Santo Padre en Colombia expreso una vez más mi alegría de poder compartir este encuentro de fe con todos ustedes los Superiores Mayores de los distintos Institutos de Vida Consagrada presentes en esta Nación.

Quiero manifestarles, de igual forma, mi cercanía espiritual y mis mejores votos por la fidelidad de cada uno de ustedes y de sus comunidades a la vocación a la santidad que han recibido con los carismas que inspiraron a sus fundadores.

La vida consagrada, siempre y particularmente en esta nuestra época llena de incertezas y extravíos, está llamada a poner *el vino nuevo en odres nuevos*. La gran tentación es la invitación a colocar el vino nuevo en odres viejos. Vino nuevo en la vida consagrada son los carismas que la tradición milenaria nos ha transmitido y también los que el Espíritu de Dios quiere suscitar en nuestros días. Son ellos los que adornan y embellecen a la Iglesia.

La novedad de la vida consagrada no está en algo que sea inaudito, en algo nunca antes visto o en algo de última moda. La continua novedad de la vida consagrada, como la vida evangélica, está en la capacidad de ser fieles a los dones de Dios, de desprenderse de todo aquello que es inauténtico y superfluo, en la docilidad a cuanto el Espíritu pide hoy a cada uno y a la Iglesia, en la actitud de servicio humilde a una humanidad herida que espera de los cristianos respuestas concretas a sus búsquedas y a sus esperanzas más profundas.

Les pido a todos orar por el Santo Padre y también por mí. Qué nos conceda el Señor la capacidad de ser fiel instrumento suyo para cooperar en la reconciliación de todos los colombianos.
